



Reflexiones en torno al Ensayo sobre la bicicleta de Julio Torri, a partir de la fenomenología, el existencialismo y la filosofía de la técnica

Reflections on *Essay on the Bicycle*, drawing on phenomenology, existentialism and the philosophy of technology

* Procedencia Este artículo de investigación científica y tecnológica fue redactado en el marco del proyecto de investigación: Cultura de paz, fe y reconciliación en el contexto del narcotráfico: un diálogo entre teología y literatura (Id. 21708) de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. También, de los proyectos de investigación: No. 4240, adscrito al Grupo de Investigación Tiempo Cero y No. 4610, adscrito al Grupo de Investigación Politeia. Ambos pertenecen a la Escuela de Filosofía y fueron aprobados por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión de la Universidad Industrial de Santander.

** Dr. en filosofía
Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, Colombia,
mlpraruc@uis.edu.co

*** Dr. en teología
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá,
Colombia,
londono_jesteban@javeriana.edu.co

**** Postdoctor en filosofía
Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, Colombia,
mfdioloz@uis.edu.co

Recibido: 22 de noviembre de 2025

Aprobado: 16 de abril de 2026

Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en MLA? - How to quote this article in MLA?:

Prada Rodríguez, Manuel Leonardo.
"Reflexiones en torno al Ensayo sobre la bicicleta de Julio Torri, a partir de la fenomenología, el existencialismo y la filosofía de la técnica". *Poligramas*, 62 (2026): e.20215443. Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).
<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i62.15443>

3

- ✉ Manuel Leonardo Prada Rodríguez
- ✉ Juan Esteban Londoño Betancur ***
- ✉ Milton Fernando Dionicio Lozano ****

Resumen

Torri trabajó un tipo de ensayo literario corto, reconciliador de la reflexión crítica y la invención estética. Paz y Martínez recuperaron sus textos, que son el puente entre el Ateneo de la Juventud y las vanguardias mexicanas. La desazón que le producía el trabajo en la oficina jurídica, leída a la luz de Husserl, Heidegger, Sartre y Camus, impulsa la búsqueda angustiada de Torri de una existencia auténtica dedicada a las letras. En este análisis del *Ensayo sobre la bicicleta* se propone que aquel artefacto abre un camino solitario para viajar hacia una manera autónoma y refrescante de estar en el mundo. La fusión entre el velocípedo y su humano da pie y pedal a una filosofía de la técnica apropiada para pensar las inquietudes plasmadas por Torri, pretexto para explayar aquí unas reflexiones en torno al peligroso, pero vivificante, ejercicio físico de rodar entre ciudades y montañas.

Palabras clave: angustia; autonomía; cuidado; existencia auténtica; soledad.

Abstract

Torri developed a form of short literary essay that reconciled critical reflection with aesthetic invention. Paz and Martínez have brought his texts back into the spotlight; they serve as a bridge between the Ateneo de la Juventud and the Mexican avant-garde. The unease caused by his work in the legal office, interpreted in the light of Husserl, Heidegger, Sartre and Camus, drives Torri's anguished search for an authentic existence devoted to literature. In this analysis of the *Essay on the Bicycle*, it is proposed that this artefact opens a solitary path towards an autonomous and refreshing way of being in the world. The fusion between the bicycle and its rider gives rise to and propels a philosophy of technology suited to reflecting on the concerns expressed by Torri, serving as a pretext to expound here on some reflections regarding the dangerous yet invigorating physical exercise of cycling between cities and mountains.

Keywords: anxiety; authentic existence; autonomy; care; loneliness.



Montar en bicicleta es una acción solitaria que sugiere un modo alternativo de habitar el mundo, en un tiempo de dominio de la técnica. Y nosotros nos detenemos a pensar en este ejercicio a partir del *Ensayo sobre la bicicleta* de Julio Torri, a la luz de corrientes filosóficas como la fenomenología, el existencialismo, la filosofía de la técnica y la filosofía de Spinoza.

Paz, Martínez y la obra de Torri

El mexicano Julio Torri nació en Saltillo, en 1889, y falleció en la Ciudad de México en 1970. Desde joven se vinculó con la actividad intelectual de su país. Cuando era estudiante en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ingresó al Ateneo de la Juventud como socio numerario. Este era un grupo dedicado a la renovación del pensamiento mexicano, a principios del siglo XX, que se oponía al positivismo y reivindicaba la filosofía griega y el humanismo. En esas reuniones conoció a Alfonso Reyes, Antonio Caso Andrade, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, entre otros pensadores, quienes influyeron en la cultura mexicana y con quienes cultivó el gusto por la literatura, enfocándose en la inglesa (Zaitzeff, “Hacia” 3). Torri tradujo textos del latín y del inglés y escribió prosas fantásticas y diálogos que fueron publicados en *El Mundo Ilustrado* entre 1910 y 1911. También escribió cuentos, artículos, reseñas, ensayos y traducciones de obras de Pascal y Heinrich Heine.

El ensayo literario de Torri combina reflexión crítica con creación estética (Zaitzeff Julio 5) y entrelaza la brevedad con la precisión conceptual (Zaitzeff, “Los” 182). Torri lo reconoce de este modo: “el horror por las explicaciones y las amplificaciones me parece la más preciosa de las virtudes literarias” (Torri 33-34). De este modo que presenta sus ideas a través de imágenes, las cuales son el lugar de su pensamiento. En vez de recurrir a un aparato crítico que haga tropezar a los lectores, su escritura expresa un diálogo con tradiciones filosóficas y literarias, mediante la recurrencia a las metáforas (Rodríguez 151); escribe ensayos porque en ellos puede desplegarse en brevedad (Hochberg 175), captar vivencias que motiven la imaginación del lector quien, como lo explica Ricoeur, “completa la obra” (32).

La obra de Torri ocupa pocas páginas, pero sus efectos sobre la literatura mexicana son enormes. Octavio Paz y José Luis Martínez compartían una alta estima por su obra. Paz valoraba la facultad de Torri para resolver, en unas cuantas proposiciones, series complicadas de supuestos, una destreza que lo asemeja al poema en prosa francés, desde Baudelaire hasta Jacob. El Nobel mexicano encontraba en la escritura breve y exacta del autor de *Ensayos y poemas* un fundamento de la modernidad en las letras mexicanas. Por esto atribuía a Torri rasgos de

alto rango estético, grandes facultades críticas, hermetismo, preferencia por la forma, y afición a la simulación y la mentira (Insausti 287).

Torri fue profesor de Octavio Paz en la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. Allí le enseñó Literatura Española y Medieval (García y Reyes párr. 18). Y con respecto a su enseñanza, escribió Paz: “lo que nos hizo leer un poco mejor fue la literatura medieval, además fue mi profesor por poco tiempo. Lo importante fueron las conversaciones en su casa. Teníamos intereses comunes: nos hizo leer bien a Marcel Proust” (García y Reyes párr. 20).

Paz tuvo tan alta estima por Julio Torri, que se convirtió en su editor y antólogo. Escogió textos, los prologó y los incorporó a proyectos como la antología *Poesía en movimiento. México: 1915-1966*. Con esto, resarcía el error que identificó en la *Antología de la poesía mexicana* de Antonio Castro Leal, de 1954, ante la falta de poemas en prosa: “daría muchos de los versos bien medidos de la Antología por dos o tres textos de Torri, Owen y otros que han cultivado el poema en prosa, género que como pocos expresa la poesía de la vida moderna” (Conde 34).

Por su parte, José Luis Martínez fue, de igual manera, alumno de Torri en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y con el tiempo llegó a ser uno de sus editores y críticos. En 1941 publicó en la revista *Taller*, dirigida por Paz, un ensayo que se titulaba *Julio Torri*. En 1971, el Fondo de Cultura Económica sacó a la luz las *Obras* de Torri en una edición que preparó Martínez, la cual reunía el conjunto de su producción literaria. Aquel volumen abarcaba *Ensayos y poemas, De fusilamientos y Prosas dispersas*, y dispuso la escritura breve y casi imposible de hallar de Torri al alcance de nuevos lectores. Martínez también lo incluyó en su antología *El ensayo mexicano moderno*, publicada por el mismo sello en 1958, y allí lo presentó como un renovador del género ensayístico en México. Martínez reconocía el papel de Torri como puente entre el ensayo modernista y el ensayo contemporáneo, como se evidencia en su obra *La literatura mexicana del siglo XX* (1950).

La angustia creativa

Cuando se graduó de abogado en 1913, Torri padeció una desazón existencial por tener que ganarse la vida con empleos burocráticos que lo alejaban de su verdadero interés, los libros y la escritura. A esto se le suma que el grupo ateneísta que tanto lo inspiraba se dispersó tras la partida de Reyes. La ausencia de exigencia cultural y la imposibilidad de leer y escribir lo que le gustaba abrumaron a Torri. Su oficina era una red de útiles, con expedientes encima de los escritorios y horarios extenuantes. Este era un escenario similar a la cotidianidad laboral de Kafka y a las oficinas de la Baixa donde trabajaba Bernardo Soares, heterónimo de Fernando Pessoa, hundido en el tedio y en el sinsentido:

Escribo atentamente, doblado sobre el libro contable en donde registro la historia inútil de una empresa oscura; y al mismo tiempo mi pensamiento sigue, con la misma atención, la ruta de un barco inexistente por paisajes de un oriente que no existe. (Pessoa 335)

Esta experiencia de desasosiego puede ser mirada a la luz de la analítica existencial de Martin Heidegger (2014 125): un ser humano arrojado en un mundo significativo, relacionándose con los entes de modo práctico como útiles que remiten unos a otros. La subsistencia económica acompañada de la reproducción de una praxis social anónima; un modo de existir en el que Torri queda absorbido en el *uno*, en la dictadura de lo público. Se trata del estado de caída, en el cual el ser-ahí queda alienado de su propia posibilidad de ser auténtico, disperso en las ocupaciones del mundo. Los útiles de la oficina se le muestran en su obstinación. Dejan de ser transparentes en sus funciones jurídicas. Se revelan como obstáculos que impiden su proyecto existencial genuino. Esta experiencia antecede a la angustia con la que Torri intuye la precariedad de su *estar-en-el-mundo*. La angustia es el temple de ánimo fundamental que, a diferencia del miedo, no tiene un objeto determinado. Torri se angustia por perder el tiempo — tiempo que es su vida— en asuntos que no le pertenecen.

La angustia lo individualiza. Lo arranca de la habladuría del *uno*. Lo enfrenta con su propia nada, con su libertad para proyectarse. La declaración de Torri es la queja de un intelectual insatisfecho y su propio despliegue ontológico —ese desgarramiento entre la autenticidad del proyecto literario y la inautenticidad de la oficina que lo reduce a una función intercambiable—. La angustia no es un estado psicológico negativo, es la condición de posibilidad para que Torri se reconozca como un ser cuyas posibilidades exceden el horizonte del *uno*. La desazón ante los empleos burocráticos es un síntoma: Torri se resiste a su disolución en lo público y anhela recuperar su poder-ser más propio. Los libros, su verdadero interés, son un recuerdo de lo que

no está viviendo en el presente a causa de la urgencia de los quehaceres cotidianos. No poder habitar el mundo de la palabra escrita lo hunde en el desasosiego, porque es habitando en las palabras escritas donde Torri se siente auténtico. Su producción literaria, arrinconada por la exigencia extrema, es la respuesta a la llamada de la conciencia, con la cual reconcilia su facticidad, la necesidad de ganarse la vida y su existencia auténtica, proyectada en el cuidado del mundo de la lectura y escritura, este que la oficina amenazaba con convertir en un recuerdo. En 1912 escribió: “continúo suicidándome lentamente en una terrible oficina, donde trabajo ocho horas diarias. Dentro de algunos meses los libros serán para mí un dulce recuerdo de juventud” (Torri, *Obras* 7).

Las palabras de Torri pueden ser comprendidas a la luz de los planteamientos de Camus, que destaca el absurdo y la rebelión. La conciencia que Torri —este Sísifo de la modernidad— adquiere del absurdo se debe a que el mundo no le ofrece un sentido a su vida. La oficina es el escenario donde lleva a cabo una implacable rutina cotidiana y evade la confrontación con el sinsentido. Ante esta repetición vacía y mecánica se devela la náusea, ese despertar a lo absurdo que desemboca en la lucidez filosófica (Camus 42). Por eso, no es gratuito que Zaitzeff, comentando la obra de Torri, diga que “su agudo sentimiento de lo absurdo, ya evidente en textos muy tempranos, le da un aire de modernidad que se intensificará posteriormente en las obras de escritores como Kafka, Borges, Cortázar y Arreola” (Torri, *Obras* 38).

Esta muerte lenta vivenciada por Torri constituye una renuncia diaria y forzada a la vocación literaria. La pregunta ¿Quién es Gregorio Samsa? se transforma para él en ¿Qué es Gregorio Samsa? Torri se percibe un insecto ante el peligro de ser aplastado por una mano anónima sobre el escritorio. La burocracia es ineficiente, laberíntica, irracional. Las normas y los procedimientos aparentemente lógicos gestan una realidad absurda. Se trata de un poder acusador e invisible por la incapacidad de Torri de saber por qué lo condena. En *El proceso*, Josef K. es acusado de un crimen que nunca conoce. En *El castillo*, K. lucha por ser reconocido por las autoridades y hallar cuál es su función como agrimensor a la cual fue llamado, sin hallarla nunca, sin que la novela tenga ni resolución ni final. Del mismo modo, Torri se siente condenado a una oficina sin saber cómo escapar. El orden de la sociedad encadenada al escritorio le quita sentido a la aventura individual por la vida. Por eso, la literatura es —al igual que para Kafka— un lugar de resistencia íntima. Aunque Torri teme que la oficina lo destruya, su capacidad para el asombro y la creación son su pulsión vital. Para Kafka la escritura era una forma de plegaria, una práctica a la que se dedicaba en las noches después de su jornada laboral, en la que hallaba la consolación y el sentido que descubrieron sus ancestros en la lectura del Talmud, al decir de Walter Benjamin (51).

La declaración de Torri de estar suicidándose lentamente es una imagen que puede ser interpretada como una categoría existencial. El suicidio filosófico alude al sometimiento de la conciencia del pensador frente al absurdo. La renuncia a la vida lo lleva a huir de una pantanosa cotidianidad hacia una esperanza vital. La oficina es el veneno que lleva a Torri a una muerte lenta.

El mundo de los libros es, para Torri, la vida consciente y apasionada, la rebelión ante la cadena que ata a la mesa de oficina. El libro es el bien cultural que le posibilita el diálogo con la finitud para crear sentido. La lectura y escritura que Torri disfrutó en el Ateneo de la Juventud es ahora añoranza en sus densas horas laborales, signo de su desesperación por no haber encontrado la forma de rebelarse. Su existencia se ha vuelto ajena a sí misma, como un espejo deformado en el que el hombre no se reconoce. Su pasión por la vida y su potencia es sacrificada al dios de la necesidad práctica. Es en este sentido que su frustración precede a la rebelión, esa negación a seguir sometiéndose al absurdo y esa afirmación de la vida digna. En su rebelión, decide vivir con plena conciencia de lo absurdo, sin esperanzas trascendentes, pero también sin rendición. Busca en su obra literaria la manera de reivindicar la pasión por el saber y el sentir que la oficina, con su veneno, amenaza extinguir.

Absolución de las cadenas de papel

En el *Ensayo sobre la bicicleta*, Torri diserta sobre el ciclismo practicado por personas aisladas de las convenciones sociales:

Es un deporte que para practicarlo no necesita uno de compañeros. Propio pues para misántropos, para orgullosos, para insociables de toda laya. El ciclista es un aprendiz de suicida. Entre los peligros que lo amenazan los menores no son para desestimarse: los perros, enemigos encarnizados de quien anda aprisa y al desgaire; y los guardias que sin gran cortesía recuerdan disposiciones municipales quebrantadas involuntariamente.
(Torri, *Tres* 111)

Torri menciona que guardianes de la ley sin rostro le llaman la atención por haber infringido, sin querer, alguna norma o reglamento municipal. Advierte sobre la fría e impersonal coerción de los protectores del orden social que se manifiesta sin cortesía ante la mínima transgresión, aunque sea involuntaria. La desesperación ante las normas de tránsito se observa con más vehemencia en metrópolis sin control y en ciudades que respiran un contaminado desprecio por la vida, donde los obstáculos humanos suelen ser evadidos o enfrentados por

carros y bicicletas, sin pensar en la integridad del cuerpo. Al respecto, el antropólogo francés Marc Augé, en su *Elogio de la bicicleta*, afirma lo siguiente:

El segundo peligro es que adquiera la forma de un enfrentamiento entre automovilistas y ciclistas, alimentado por la ignorancia de unos y otros y su falta de cultura urbana, de urbanidad, identificable en el desprecio de los automovilistas menos sensibles por los ciclistas, pero también en la risueña despreocupación de algunos ciclistas resueltamente irrespetuosos con las reglas de circulación. Como parece ser moda en Francia desde hace varios años, ya hay quienes hablan de policía y de represión, lo cual es una manera de matar en el huevo la esperanza de asociar urbanidad, sonrisa, orden y distensión. (70)

Augé hace un diagnóstico social del enfrentamiento entre los automóviles y las bicicletas. La enfermedad social es representada por la falta de cultura urbana. Los conductores de automóvil desprecian la apatía de los ciclistas que, como decía Torri, son aprendices de suicidas. En contraste con una solución represiva por parte de las autoridades, Augé apunta a un ideal social superior, a la esperanza de asociar urbanidad, sonrisa, orden y distensión. Torri expresa la lucha del ciclista contra el entorno inmediato y opresivo en el que rueda, mientras que Augé piensa en términos de la convivencia en el espacio público acerca de la ética, la cultura y la política necesarias para una ciudad habitable. Ambos autores coinciden en que el irrespeto a las normas por parte del ciclista es peligroso.

Ahora bien, al trasladarnos al contexto en el que el *Ensayo sobre la bicicleta* escrito por Torri, pensamos que el ciclista como un aprendiz de suicida es una expresión que también puede ser descifrada como autenticidad heideggeriana y rebelión camusiana. En primer lugar, porque el suicidio real no requiere de aprendizaje. De haber una lección en sentido literal, solo habría dos maneras de evaluar el proceso académico. La máxima nota sería el funeral, evidencia del empeño con el que se hizo la tarea. Y una mala nota sería el accidente y las consecuencias físicas.

En los escenarios más asfixiantes por la cotidianidad, la literatura puede ser ácido y herida. Con ella podemos denunciar la condición absurda en la cual han surgido las imágenes de lo feo, como en los grabados de Käthe Kollwitz, para no dejar apagar la chispa que aún nos queda bajo el carbón del tedio. Pero la literatura sola no es suficiente. El encierro es aplastante. Salir de una oficina para volver a la palabra, aunque puede generar cierto alivio, conserva el abatimiento del dolor y la quietud de las prisiones burocráticas percibida por los miembros del cuerpo.

Según Spinoza, la mente es una idea del cuerpo. Hugo Mujica (24), por su parte, afirma que el alma es la carne por exceso. Cuando la carne está afligida, los pensamientos viven ese tedio. El acto de correr libera, el cuerpo vuelve a ser cuerpo y se revela como el lugar de la interioridad. Para alcanzar la satisfacción, una bicicleta es una de las esferas del despliegue del ser, que es carne.

Podemos interpretar la metáfora del suicidio usada por Torri en sentido heideggeriano y camusiano porque la bicicleta es un útil que puede llevar al ciclista hacia la existencia auténtica, a partir de la angustia del encierro, las ciudades de la ruina, la prisión del escritorio. La bicicleta posibilita el recorrido de cada vez más metros, cuerdas, kilómetros y pueblos. Los pedales reciben el movimiento repetitivo de los pies del ciclista, movimiento que se hace cada vez más potente, sin la cotidianidad burocrática que agobia. Juntos constituyen a una tercera entidad ontológica, fusión del cuerpo carnal con el cuerpo artificial.

El ciclista evade su monotonía. Casi que aprende a morir. Aniquila las circunstancias sin sentido que caracterizan su existencia de cadenas de papel. Torri era ese tipo de ciclista:

A veces, cerca de la facultad, solíamos verlo, ataviado a la inglesa, con zapatos tenis, gorra de visera de celuloide, montado en su bicicleta, con la expresión más feliz y deportista que pueda encontrarse en un hombre tan alejado de la realidad y tan adepto a la vida retirada de la torre de marfil de una exquisita biblioteca. (Glantz 76)

El ciclista sabe que solo muriendo a la incómoda postura del oficinista acostumbrado a la silla y el escritorio será capaz de renacer en otro cuerpo. Es el suyo propio, pero, más fuerte y maleable, posibilitado para alcanzar nuevas metas. El ciclista retorna a la condición de humano primitivo, de nómada que se aleja de los cultivos y las tumbas para visitar el mundo y vivirlo como lo abierto, como el animal, nos dice Rilke (76), que con sus ojos y cuerpo se entrega a la totalidad de la existencia, sin las cadenas y limitaciones que impone el reino de las oficinas.

Ascetismo en pedales

El ciclista que aprende a suicidarse está en el contexto de las palabras que inician el ensayo de Torri: “es un deporte que para practicarlo no necesita uno de compañeros. Propio pues para misántropos, para orgullosos, para insociables de toda laya” (Torri, *Tres* III). ¿Hay en estas palabras una apología al egoísmo? Zaitzeff dice lo siguiente sobre Torri: “en el fondo no es antisocial. Al contrario, ha hecho hincapié en la condición limitadora y destructiva de la soledad, la cual ha sido caracterizada por él de ‘vicio mental’ y de ‘monólogo infecundo’” (86). Torri cree que el ser humano necesita a veces la compañía de otros para realizarse de manera plena. Entonces, ¿cómo podemos comprender sus palabras? Zaitzeff nos da algunas pautas para entender qué entendía el ensayista por soledad:

Ante todo, cabe señalar que se destaca en la obra que nos interesa una actitud esencialmente aristocrática frente al arte. Para Torri la verdadera creación artística necesita “algún alejamiento del vulgo” (p. 15). Con toda claridad afirma que su propia producción no está dirigida a las masas que desprecia sino a una minoría selecta. Ya en sus primeros textos el autor había aludido a esta postura elitista. Así, en el “Diálogo de los murmuradores” uno de los personajes opina que no se debe escribir para el vulgo sino que, escuchando a Oscar Wilde, “se debe escribir en vista de la eternidad”. En otros momentos se ve que Torri se cansa rápidamente de los que carecen de imaginación y cultura y critica la repetición innecesaria en la conversación de ciertas personas así como la incompreensión de otras. Es evidente que su alta capacidad intelectual le hace exigir de los demás el mismo rigor al cual está acostumbrado. (Torri, *Obras* 12)

Torri considera al ciclismo como una práctica solitaria y a la soledad como un espacio de autonomía intelectual. El arte también requiere del alejamiento del vulgo que determina el gusto, para generar una minoría de vanguardia. Esta conciencia no desprecia a los seres humanos, sino a la homogenización cultural, la masificación del gusto que no sabe incluir, por ejemplo, lo feo dentro de lo bello o la resistencia de la materia frente a la forma, como una dialéctica necesaria en cuya tensión emerge el arte. Esta postura estética y ética es un paso en la ascesis intelectual que se esfuerza por conservar la integridad creativa del artista frente a la producción industrial de entretenimiento sin tensiones que la gente a menudo consume, el arte *Kitsch*. Esta misma postura se expresa en la metáfora del ciclismo, deporte solitario que implica autonomía aristocrática, de los que como Zaratustra (Nietzsche 67) saben ir solos a la montaña para hallar verdades que pocos han de comprender. Así como el artista no necesita la validación

del gusto de las élites del mercado, el ciclista no requiere de la aprobación de otras personas para disfrutar el fundirse del cuerpo con la máquina y el paisaje. Arte, deporte y entorno son familiares. Quien los ejecuta se aparta de la mediocridad del rebaño. En ellos se manifiesta el combate de la materia con la forma, el músculo y el cuerpo, la realización en el borde los límites.

El ciclista, como el artista, practica una suspensión del mundo común para acceder a una relación más intensa con su propia existencia. Que el ciclismo sea una práctica para misántropos puede ser interpretada desde la fenomenología a través de la distinción husserliana entre la actitud natural y la *epoché*. En la actitud natural, la persona vive inmersa en el mundo, orientada por intereses prácticos y participa en las relaciones sociales constituidas intersubjetivamente, tal como lo dice Husserl en el capítulo primero de la sección segunda, intitulado *La tesis de la actitud natural y su desconexión*:

El mundo NATURAL, el mundo en el sentido corriente de la palabra, está SIEMPRE PARA MÍ AHÍ mientras me dejo vivir naturalmente. Mientras éste es el caso, estoy “EN ACTITUD NATURAL”; en efecto, ambas cosas quieren decir exactamente lo mismo. En ello no necesita alterarse absolutamente nada si en alguna ocasión me apropio el mundo aritmético y otros “mundos” semejantes al ejecutar las actitudes correspondientes. (Husserl, *Ideas* 138)

En la actitud natural, la bicicleta reposa entre los objetos del mundo circundante con su utilidad práctica y silueta reconocible entre las demás cosas que componen el paisaje cotidiano. Al subirse a ella y comenzar a pedalear acontece una modificación de esa actitud, semejante a la que describe Husserl al ingresar en el mundo aritmético. El horizonte de la calle y los edificios deja de ser una extensión del ámbito práctico habitual y se convierte en una cadencia de inclinaciones y contrapesos que el cuerpo resuelve sin deliberación. Cada viraje del manubrio y cada ajuste de la cadera establecen una presencia atenta al asfalto y al viento que suspende momentáneamente el comercio intersubjetivo con los demás transeúntes. La bicicleta en movimiento abandona su condición de cosa entre las cosas y se vuelve una prolongación del ritmo respiratorio y del impulso muscular en relación con la gravedad y con la distancia. Esta actitud es una fe en la existencia del mundo y en la validez de sus estructuras sociales.

Por su parte, la *epoché* acontece en el ciclista como esa puesta entre paréntesis de las urgencias cotidianas y del ajetreo social. Al empujar el pedal hacia abajo y sentir la cadena tensarse se abandona momentáneamente el suelo firme de la actitud natural con sus compromisos prácticos y sus obligaciones intersubjetivas. El silbido del viento en los oídos y la

vibración del manubrio en las palmas de las manos delimitan un contorno de experiencia, en el que la ruta se da como una sucesión de pendientes y curvas sin relación alguna con los nombres de las calles o los horarios del día. Esta desconexión del mundo circundante en su validez habitual hace presente la bicicleta en su desnudez de cosa que rueda y en la intimidad del esfuerzo muscular que la impulsa. El pedaleo sostenido mantiene viva esa suspensión del mismo modo que la atención a los números mantiene abierto el horizonte aritmético mientras dura la ocupación matemática. Cada kilómetro recorrido en ese estado equivale a habitar un mundo para sí, cuyo único requisito de permanencia es la continuidad del movimiento giratorio de las ruedas y la respiración acompasada del cuerpo que las anima.

De manera semejante, la práctica solitaria del ciclismo es una suspensión performativa de la actitud natural. El ciclista, al prescindir de compañeros, ejecuta de manera corporal y voluntaria una *epoché* práctica sobre el mundo social, pone entre paréntesis las demandas, expectativas y juicios de los otros (Husserl, *La* 48). La suspensión del juicio modifica la intencionalidad del ciclista que, en su soledad, se dirige hacia la pura experiencia del cuerpo en movimiento religado con el paisaje, el cuerpo de la tierra, no en plena armonía, sino en lucha con los propios límites para que de ese combate emerja la construcción de sentido.

El mundo ya no aparece como una red de significados utilitarios y sociales, porque deja ver su donación. La cuesta no es concebida como un obstáculo a evitar, tal como lo haría el oficinista sedentario, sino como un regalo del paisaje que mejora la resistencia física. El paisaje no es visto como un telón de fondo para la vida social, pero como un fenómeno que se despliega inmanentemente en un horizonte de comprensión que adquiere otras sedimentaciones. La soledad elegida no es privación, porque se acoge como una experiencia vivida que no depende de la capa de significaciones impuestas por la comunidad. El aislamiento de estos ascetas de la máquina no obedece a rasgos psicológicos antisociales, sino a la búsqueda de una relación más auténtica y no mediada con su propio flujo de conciencia y con el mundo con el que están correlacionados. Hay una mística de la atención en el ejercicio del ciclismo, como diría Simone Weil (36), donde se es cuerpo en plenitud concentrado en sus propios procesos. Una mística solitaria que no desprecia el cuerpo. Es en sí mismo cuerpo. Siente el músculo, el hueso, la sal y la herida como lugar del salto a una trascendencia.

Desde esta perspectiva, la falta de sociabilidad del ciclista es una forma de vida que da más importancia a la inmanencia de la vivencia que a la trascendencia de lo social. El ciclista es como un fenomenólogo, cuyo campo no es el de la pura conciencia reflexiva, sino el de la corporalidad kinésica y la percepción ambiental al margen de los prejuicios sociales. Por lo

tanto, el ciclismo no justifica al aislamiento misántropo, sino que abre la puerta, de modo literario, a una experiencia más rica y directa de la propia personalidad y del mundo.

Ser vuelto hacia la muerte

En el segundo párrafo del *Ensayo sobre la bicicleta* dice Torri: “Desde que se han multiplicado los automóviles por nuestras calles, he perdido la admiración con que veía antes a los toreros y la he reservado para los aficionados a la bicicleta” (*Tres* III). Así, equipara el brutal riesgo que corren los toreros —aunque menos que los toros— con el que asumen los ciclistas, personajes quiijotescos que enfrentan los molinos de la modernidad (*Cuesta* III). La imagen de Torri expresa la fragilidad. No se trata de un *subjectum* cartesiano, esa cosa pensante que se mantiene siempre presente a pesar del cambio, sino del acto encarnado y arrojado al mundo, que puede morir en un instante, el ser humano.

Esta imagen puede ser interpretada a través del concepto heideggeriano de *estar vuelto hacia la muerte*, acuñado en *Ser y tiempo*:

La muerte es una posibilidad de ser de la que el Dasein mismo tiene que hacerse cargo cada vez. En la muerte, el Dasein mismo, en su poder-ser *más propio*, es inminente para sí. En esta posibilidad al Dasein le va radicalmente su estar-en-elmundo. Su muerte es la posibilidad del no-poder-existir-más. (Heidegger 271)

El ciclista es un poder-ser y alberga la muerte como su posibilidad más propia e insuperable. Ahora bien, con el concepto de *muerte*, Heidegger no se refiere a un evento biológico futuro, sino a la estructura que individualiza al ahí del ser, revelándole su finitud como horizonte último de todas sus posibilidades existenciales. Tampoco se refiere al ser que dispone de otros para llevarlos a la muerte, sino a una orientación vital, al darse cuenta de la muerte biológica antes de que acontezca. El ciclista habita consciente esta condición de finitud en un espacio urbano hostil, en el que un carro puede ultimar todas sus posibilidades.

Quien rueda por una carretera vivencia en su esfuerzo un límite en su acción de avanzar. Cada pedaleada atestigua el poder de estar en camino que se sostiene sobre la posibilidad del agotamiento muscular. El pinchazo en el desierto. La cuesta desafiante. La fragilidad del músculo y los pulmones ya sin fuelle. Al montar la bicicleta, aparece el horizonte como una

extensión de espacio y tiempo a recorrer. El estar vuelto hacia la muerte es una insuflación de vida adquiere en el pedaleo rítmico la manifestación del latido que anticipa su propia cesación.

Ahora bien, el ciclista no corre el riesgo en la plaza donde los toros mueren asesinados por los hombres, sino en el contexto de la tecnificación moderna representada por los automóviles. Es un animal expuesto a los poderes de las máquinas motoras, en un ámbito cultural que Paul Preciado (22) llama capitalismo petrosexorracial, en la medida en que vive en el régimen del petróleo, la discriminación sexual y social. La estructura de emplazamiento, que es la esencia de la técnica, oculta la muerte de los ciclistas al convertirla en accidentes estadísticos, desconociendo la historicidad del ser, con sus angustias existenciales y su pulsión de vida. En cierta medida, Torri reconoce la capacidad del ciclista de habitar de manera auténtica la finitud en un mundo tecnificado; cuanto más se expone a su finitud y rompe las máscaras del tiempo, más se acerca a una existencia auténtica.

Torri cuestiona la multiplicación de los automóviles, expresión del fordismo, esa filosofía que invita a producir más rápido y en masa, como si los humanos fueran una fuente de energía que otros consumen mediante el trabajo asalariado. La importación de automóviles hechos con base en un mismo modelo es el símbolo de una transformación de las ciudades. Ante esta forma de agresión económica y amenaza al silencio, el ciclista practica un heroísmo quijotesco contra la bestia que emite humo venenoso y ruido. Los automóviles representan la desproporción que hay entre la perfección mecánica y la vulnerabilidad del cuerpo, mientras que las bicicletas pueden ser vistos como dispositivos de libertad individual y responsabilidad ecológica.

Ya que está volcado hacia la muerte, el ciclista disfruta sus rodadas con autenticidad. En el tercer párrafo de su *Ensayo sobre la bicicleta*, escribe Torri: “en ella va uno como suspendido en el aire. Quien vuela en aeroplano se desliga del mundo. El que se desliza por su superficie sostenido en dos puntos de contacto no rompe amarras con el planeta” (Torri, *Tres* III). El ciclista goza de autonomía, pero sin renunciar a su arraig; está en constante movimiento y con la atención abierta. Aunque viaje como perdido en el horizonte, a menos que mire al piso para concentrarse en el ritmo del pedaleo, sabe ver lo que va pasando en un estado de admiración.

Distinto del Sócrates descrito por Aristófanes (98), colgado del techo mediante una grúa, incapaz de vivir en la *polis*, la suspensión del ciclista no es la del pensamiento puro que desprecia la materia, sino la de una razón encarnada. Su mirada está puesta en lo lejano, pero también en lo inmediato. El oído aguzado. Se interesa por el mundo concreto. Su mirada está fija en los astros y en el foso, en el horizonte que liga las estrellas y el abismo.

Velocidad contemplativa

Torri continúa su ensayo: “el avión y el auto no guardan proporción por su velocidad con el hombre, que es mayor que la que él necesita. No así la bicicleta” (Tres III). El ensayista cuestiona la desmesura de algunos aparatos tecnológicos que exceden el nivel propio del humano. La velocidad del avión sobre los aires y el automóvil en las vías es un hecho físico que transforma la relación del ser con el espacio, el tiempo y su propia corporalidad. Torri añora la adecuación del medio a su fin, propicio para la realización de las capacidades humanas. La velocidad del automóvil y, en mayor grado, la del avión mengua la distancia, comprime el tiempo. Extravía al mundo en cuanto ambiente, ya que este no puede ser asimilado del todo por la experiencia sensorial, a diferencia de lo que sucede cuando se viaja en bicicleta.

Los pasajeros de un avión están encapsulados. Son espectadores pasivos de paisajes que se desdibujan, en lugar de ser agentes en su recorrido. La velocidad responde a la idea de progreso, eficiencia, productividad y dominio técnico propia de la modernidad industrial. Es una medida del poder. En cambio, en la bicicleta se vive el proceso, la vida como flujo y reflujo. El ciclista asume el calor, la lluvia, el frío y las caídas, como si rodar se tratase de una enseñanza estoica al trazar la senda.

Desde el velocípedo se vive el entorno, aunque se acelere en ella a doscientos noventa y seis kilómetros por hora, tal como lo hizo Denise Mueller-Korenek, al romper el récord de la velocidad humana en bicicleta. La bicicleta está situada en una escala de hombres y mujeres. Aumenta las capacidades naturales del ciclista. Pero sin imponerle la ideología de los fines logrados del aeroplano. La velocidad de la bicicleta es generada por el esfuerzo metabólico y muscular, en consonancia con la respiración y el tambor del pecho. Pedaleo. Latido. Pedaleo. Exhalación. La rapidez no supera el umbral de lo que el cuerpo puede sentir y procesar. La bicicleta da una sensación de fluidez y gratuidad. Se abren las manos. Se recibe al mundo en el viento que se parte en dos con el cuerpo como en una horqueta de la nada.

Religación

Torri continúa: “raro deporte que se ejercita sentado como el remar. Todos los intentos para compartirlo con otros han sido frustráneos” (*Tres* 111). El cuerpo del ciclista parece estar en reposo, pero en verdad está en constante movimiento. Pedaleo. Respiración. Ponerse en pie. Sentarse. Agacharse para cortar el viento con el filo del cuerpo. La postura en la silla no tiene nada que ver con la quietud contemplativa de los filósofos que piensan sentados sobre una roca. El cuerpo del ciclista es siempre tránsito. Y el movimiento es una forma de relacionarse con el mundo, una forma corporal del pensar. La interioridad reflexiva y la acción física no se excluyen. La una potencia a la otra.

Cada ciclista va a su propio ritmo. El placer y la fatiga no se pueden transferir a otros. Sin embargo, hay ciclistas que se unen para rodar y compartir. A veces, se apoyan sobre los hombros del compañero. También hay bicicletas dobles, triples, cuádruples y quíntuples. Llamam a la coordinación y al equilibrio. Algunas bicicletas tienen sillas traseras para cargar niños pequeños y otras, remolques para ir acompañados por los perros, como si el ejercicio de la soledad siempre pidiera un otro, unos ojos donde mirarse.

Fruición intransferible

En relación con la bicicleta, lo “exclusivo de su disfrute la hace apreciable a los egoístas” (Torri, *Tres* 112). Este aforismo condensa una reflexión sobre la autonomía del individuo moderno, aislado de las tribus para la sobrevivencia. Así como en el *Leviatán* de Hobbes son los individuos los que constituyen al Estado, este último se debe a la protección física de los individuos. Ellos son la base del sistema liberal de Locke y de los ilustrados franceses, que echaron las bases filosóficas de la revolución del pan y la liberación de los animales aprisionados en los palacios. Los individuos aprecian el regocijo de la bicicleta, artefacto protésico. Así como la pierna de palo o el garfio de un pirata, la bicicleta se amolda al cuerpo de su jinete. Por eso, la exclusividad del deleite a la que alude Torri es una vivencia que no puede ser compartida en el acto de su realización.

Quien pedalea no compra un itinerario en una agencia de viajes, lo crea y recrea al ser — que siempre es creación en estado puro— en el vaivén de las piernas. En ese acto de producción, se construye a sí mismo, como en el paso del en-sí hacia el para-sí, según Sartre. El ciclista hace algo propio con su vida a partir de lo que la cultura hizo de él, desde la autonomía, labra su

propio destino. El ciclista asume que la plenitud es solo para él, pero puede motivar a otros a sentir algo semejante. Se trata de un *qualia*, por cuanto nadie siente igual al otro.

Aumento de la potencia

Torri dice, respecto a la bicicleta, que llegamos “a profesarle sentimientos verdaderamente afectuosos. Adivinamos sus pequeños contratiempos, sus bajas necesidades de aire y aceite. Un leve chirrido en la biela o en el buje ilustra suficientemente nuestra solícita atención de hombres sensibles, comedidos, bien educados” (Torri, *Tres* 112). Este fragmento nos habla de una ontología relacional. La bicicleta no es solo un instrumento, es una alteridad que despierta nuestra empatía. Como casi un animista, Torri personifica al artefacto, que como una persona tiene contratiempos y necesidades. Pero esta antropomorfización no solo responde al antipositivismo propio de los ateneos juveniles. También se debe a que, cuando Torri iba en bicicleta a su trabajo, ella mediaba su experiencia del mundo y de sí mismo. El aire en las llantas, el aceite en la cadena y la materialidad de la bicicleta le daban capacidades que no tendría sin ella.

La bicicleta rueda. Ella es la que anda. Por supuesto, una persona puede caminar muchas horas a gran velocidad y avanzar distancias extensas, pero no con la misma potencia que con una cicla. En un avión, la persona puede romper los límites de su capacidad natural de traslación. Sin embargo, en una cicla, aunque no los transgrede, los amplía. Por ser una prótesis, el velocípedo deviene carne humana y el ciclista, metal, carbono u otro material. Esa unidad los unifica con la superficie donde se deslizan. Y esa pista, ligada a otros caminos, hace parte del planeta entero. Si seguimos *ad infinitum*, el ciclista en su bicicleta está constituyendo una pequeña, pero necesaria, parte del cuerpo total del universo.

¿Cómo no tener cariño por algo que también es alguien? ¿Cómo no alegrarnos por el aumento de la potencia de obrar que se da al navegar en la cicla a través de los caminos de Gaya? ¿Cómo no amar esa causa externa que nos hace sonreír, de tal manera que ya no sabemos si en verdad es externa o hace parte constitutiva de nuestro cuerpo? La cicla nos afecta y por ella sentimos afectos activos. Es tan útil que, por permitirnos pensar con más claridad, nos acerca al modelo de ser humano ideal. ¿Cómo no cuidar a quien amamos? ¿Cómo no estar pendiente de esos leves, pero incómodos chirridos en las bielas o en los bujes de ese medio de transporte que nos lleva a donde queramos?

En el último párrafo de su ensayo, Torri confiesa: “Sé de quienes han extremado estos miramientos por su máquina, incurriendo en afecciones que sólo suelen despertar seres humanos. Las bicicletas son también útiles, discretas, económicas” (Torri, *Tres* 112). La bicicleta, en cuanto puede, se esfuerza por perseverar en su ser. A pesar de los años y el óxido que ellos la llevan a contraer, el animal metálico lucha por mantenerse vigente. El ciclista solo debe ayudarla a no dejarse vencer por el tiempo, en reciprocidad a la plenitud que alcanza cuando la monta

Junto a esto, los adjetivos que Torri predica acerca de la bicicleta hablan por sí solos: útiles, discretas, económicas, son la base del respeto a los artefactos, que no deben ser tratados como desechables, y a la Naturaleza, esa casa que habitamos y que tiene su propia ley. Por supuesto, las bicicletas han entrado también en el régimen del mercado. Muchas de ellas ya no son baratas. Algunas cuestan más que un automóvil. Pero aún ellas conservan esa política moderna de que las máquinas deben ser duraderas. La bicicleta encarna, metaliza o carboniza los mejores ideales. No teme al frío ni al agua, soporta altas temperaturas y jornadas agotadoras. Si hay aire y aceite, lleva al ciclista a la conquista de nuevos horizontes.

Un afecto es una modificación del cuerpo por la cual su potencia de actuar aumenta o disminuye, y al mismo tiempo, la idea de esa modificación. El leve chirrido en la biela o en el buje del que habla Torri es una afección real en el cuerpo del ciclista. Es una impresión que, al ser percibida sensorialmente como el signo de una disminución en la potencia de la máquina (y, por extensión, de la suya propia), desencadena una respuesta de cuidado. El ciclista, afectado por el rechinar, queda obligado a decidir si arreglar su compañera para que ella le siga acrecentando la potencia de vivir, o si actuar con indiferencia, en pro de la tristeza. El afecto hacia la bicicleta es un amor intelectual del ciclista agradecido.

Conclusiones

La bicicleta es para Julio Torri, más que una anécdota biográfica, un tema valioso dentro de sus ensayos y una imagen de su método de trabajo. Es un artilugio que avanza ligero, impulsado por la fuerza de quien lo monta, que ayuda a tomar distancia de la muchedumbre sin perder por completo el roce con la tierra, y que vuelve el cansancio de los músculos justo en aquello que hace posible seguir adelante.

En el ensayo de Torri, ese maestro de la prosa breve, la bicicleta funciona como un aparato de reducción existencial que, de un solo impulso, suspende la tiranía del horario laboral. Al fugarse de la dictadura de lo público, el ciclista logra escapar de la absorción en ese *uno*

impersonal del que hablaba Heidegger y recupera, en medio del cansancio y de una atención que flota a ras del paisaje, una forma de percibir que la vida urbana y administrativa le tenían cancelada. Torri se anticipó un siglo a las críticas que hoy se dirigen contra la aceleración tecnológica desbocada. Su elogio de la bicicleta, con esa velocidad humana que reclama un equilibrio permanente, alberga, aunque él nunca llegara a desplegarla por completo, una filosofía de la técnica que dialoga con lo que después diría la Escuela de Frankfurt acerca de la alienación que producen los instrumentos, y que está aguardando a que alguien la ponga a conversar con el pensamiento ecológico de las últimas décadas.

Aquella confesión desesperada de Torri de que estaba suicidándose lentamente dentro de la oficina, leída junto a lo que escribía y al trabajo crítico que realizaron Paz y Martínez, saca a la luz una paradoja sobre la cual se edificó buena parte de la modernidad literaria latinoamericana. La burocracia, muy lejos de apagarle la llama, actuó como el combustible sombrío de su escritura, dentro de una extraña dialéctica del malestar. La oficina jurídica no quedaba expulsada del todo de la literatura, porque era su exterior más cercano, la materia negra contra la cual su prosa breve se perfilaba cada vez con mayor limpieza. Esta constatación obliga a pensar el lugar que ocupa el entorno laboral adverso en la formación de las poéticas hispanoamericanas del Siglo XX. Desde aquellos empleados bancarios y burócratas que desfilaban por las páginas de Pessoa o de Kafka hasta la empleomanía que denunció Alfonso Reyes, el padecimiento del buró asoma como un asunto que reclama a voces una historia literaria de la administración, una lectura materialista de las condiciones en que se generan los textos y que ponga en el centro la relación entre la economía de palabras, la falta de tiempo libre y la conquista de la autonomía estética.

Referencias bibliográficas

Aristófanes. *Las Nubes. Lisístrata. Dinero*. Editado por E. García. Alianza Editorial. 2015. Impreso.

Augé, Marc. *Elogio de la bicicleta*. Traducido por A. Bixio. Editorial Gedisa. 2009. Impreso.

Benjamin, Walter. *Iluminaciones*. Traducido por Jesús Aguirre y Roberto Blatt. Taurus. 2018. Impreso.

Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial. 2019. Impreso.

- Conde, Carlos Roberto. «“Poesía en movimiento”, caducidad del instante». *Poéticas: Revista de Estudios Literarios*. Vol. 17. 2023: 25-48. Web. Sept. 2024.
- Cuesta Gómez, Eliezer. «“El héroe” de cine en Julio Torri». *Microtextualidades. Revista Internacional de Microrrelato y Minificción*. Núm. 7. 2020: 110-122. Web. Sept. 2024.
- García Ramírez, Fernando, y Juan José Reyes. «Itinerarios de un poeta. Entrevista a Octavio Paz». *Letras Libres*. 17 abr. 2023. Web. Sept. 2024.
- Glantz, Margo. «Un buen equilibrista: Julio Torri». *Esguince de cintura*. Conaculta. 1994: 75-81. Impreso.
- Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Traducido por J. E. Rivera. Editorial Universitaria. 2014. Impreso.
- Hochberg, Elizabeth L. «Aproximaciones a la función del placer en el ensayo corto de Julio Torri». *Signos Literarios*. Vol. 9. Núm. 17. 2013: 171-198. Web. Sept. 2024.
- Husserl, Edmund. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica: Libro primero. Introducción general a la fenomenología pura*. Traducido por J. Gaos. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas; Fondo de Cultura Económica. 2013. Impreso.
- Husser, Edmund. *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Traducido por J. Muñoz. Crítica. 1991. Impreso.
- Insausti, Gabriel. «Julio Torri ante las tradiciones literarias europeas». *Literatura y Lingüística*. Núm. 48. 2023: 285-308. Web. Sept. 2024.
- Mujica, Hugo. *Flecha en la niebla*. Trotta. 1997. Impreso.
- Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra. Obras completas*. Editado por Diego Sánchez Meca. Tecnos. 2018. Impreso.
- Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego*. Editado por Jerónimo Pizarro. Traducido por Ana Lucía De Bastos Herrera. Alma. 2024. Impreso.
- Preciado, Paul B. *Dysphoria mundi*. Anagrama. 2022. Impreso.

- Ricoeur, Paul. Tiempo y narración, I. Configuración del tiempo en el relato histórico. Siglo XXI. 1995. Impreso.
- Rilke, Rainer Maria. *Elegías del Duino*. Traducido por Jorge Mejía Toro. Universidad de Antioquia. 2010. Impreso.
- Rodríguez Torres, Adriana Azucena. «Del ensayo y el poema en prosa a la narración en Ensayos y poemas». *Literatura Mexicana*. Vol. 32. Núm. 1. 2021: 143-162. Web. Sept. 2024.
- Torri, Julio. *Obras completas*. Editado por S. I. Zaitzeff. Fondo de Cultura Económica. 2012. Impreso.
- Torri, Julio. *Tres Libros*. Fondo de Cultura Económica. 1996. Impreso.
- Weil, Simone. *La gravedad y la gracia*. Traducido por Gustavo Ortiz. Trotta. 2025. Impreso.
- Zaitzeff, Serge I. «Los textos breves de Julio Torri». *América: Cahiers du CRICCAL*. Vol. 18. Núm. 1. 1997: 179-184. Web. Sept. 2024.
- Zaitzeff, Serge I. *Julio Torri y la crítica en los años ochenta*. Universidad de Guadalajara. 1989. Impreso.
- Zaitzeff, Serge I. «Hacia un concepto de una generación perdida mexicana». *Sábado*. Núm. 480. 1986: 1-4. Impreso.